

una visión amplia, sin excesos, ordenada y viva, de los valores que enriquecieron la vida espiritual de ese tiempo. Tras el Romanticismo, el autor apunta su examen sobre el Modernismo, Rubén Darío y sus cultores chilenos Pedro Antonio González, Francisco Contreras y Antonio Bórquez Solar.

El autor dedica un denso capítulo a los historiadores y otro no menos nutrido al periodismo de ese siglo. El teatro merece, asimismo, su atención cuidadosa dentro de un cuadro bien integrado y vivo, sin redundancias eruditas. Sin embargo, lo que da especial excitante a esta parte del libro es el capítulo concedido a los fabulistas, entre los cuales hallamos más de uno, cuyas creaciones de índole literaria o política revelan un talento hasta ahora no divulgado en el historial de nuestra literatura ochocentista. Daniel Barros Grez, Eduardo de la Barra y Sandalio Letelier exaltan este mundo del ingenio alado, del amable sabor de la existencia, de la verdad estimulante, vertido en versos ágiles, airosos y agudos.

Esta "Literatura Chilena" constituye, pues, un destacado aporte para el mejor conocimiento de las letras nacionales en una época que no ha sido debidamente esclarecida. Contiene mucho de cuanto necesita quien desee ahondar en la producción de la época y, asimismo, señala caminos si se quiere enriquecer la indagación. Un criterio de síntesis moderna que sabe concentrar la riqueza del concepto y entregar lo cuantitativo por su utilidad y sugestión, hace de la obra un todo compacto y vital, orgánico e incitante, ajeno al frío instrumento erudito, al gesto del dómine o del hiperestésico.

Junto a otras excelentes obras, debidas a la pluma serena y lúcida de profesores destacados, que han permitido ordenar y modernizar la enseñanza y la difusión de nuestra literatura, el libro de don Francisco Dussuel, significa una contribución especialmente valiosa por su planteamiento original y eficaz y por la riqueza y novedad del contenido.

LAUTARO YANKAS.



Los amantes desunidos, de SALVADOR REYES

Edit. Zig-Zag, 1960, Santiago

SALVADOR REYES ha publicado una novela de ritmo lento. Morosamente, se detiene en los detalles, indaga los pensamientos de los personajes, los hace hablar y agrega sus meditaciones personales. De esta forma, conocemos su postura humana y filosófica frente a ciertos problemas.

El amor, entre romántico y visceral, es la constante que sirve para vertebrar una serie de aventuras pacíficas y bélicas. La Segunda Guerra Mundial planea sobre los individuos. Las técnicas del espionaje ponen tensión en el ir y venir de unos seres humanos.

Salvador Reyes es maestro en la presentación de los personajes. Con muy pocas palabras está definido su rasgo vital. Después seguirán su curso, diluyéndose en la extensa galería de ciudadanos comprometidos.

Los ingleses, activos y misteriosos, son en esta obra verdaderos símbolos románticos. Cuando ellos hablan y actúan se adivina la fibra emotiva del autor, de quien se ha dicho que es "el más ágil, inteligente y audaz de los imaginistas chilenos".

París y Barcelona, ciudades vividas y captadas por Salvador Reyes, son descritas con minuciosidad. Sus barrios, sus cafés, sus tabernas y lupanares están vistos con sentido estético y existencial.

He aquí el bosquejo anímico de un personaje catalán, símbolo de un grupo social: "Diego Brull, con su traje claro impecable, sus cabellos y el bigotillo cuidadosamente peinados, su perla de precio en la corbata y su grueso anillo de oro, era la imagen del hombre que ha tomado todos los seguros posibles contra las incertidumbres de la vida. Su padre había sido un industrial de alto vuelo. "Industrial catalán" no significa sólo potencia económica, sino fiel acatamiento al orden social, irreprochable práctica del catolicismo y, en fin, defensa apasionada de todo cuanto los hombres sensatos y prácticos han inventado para proteger su dinero y sus privilegios."

Escribe cuidadosamente el autor, sin prisas aparentes. Y esa pausa le permite cincelar la frase, examinar el anverso y reverso de las situaciones y construir una novela realista, sin estridencias, con muy ricas reflexiones psicológicas.

Y, enfrentándose al problema de la guerra, insinúa doctrinas y actitudes, no sólo políticas, sino del más amplio humanismo. Y así, dice: "Es necesario hacer del hombre un ser natural, de acuerdo con su instinto de felicidad, y no un fante al servicio del dinero. ¿Quién sabe realizar esa tarea? ¿Los Estados Unidos materialistas? ¿La Iglesia que se inclina ante los ricos y los tiranos? ¿El comunismo, cuya bestialidad intenta disfrazarse con una toga de dómine pedante? La libertad del hombre no puede venir sino de su conciencia."

El amor y el espionaje se confabulan en esta bella novela. Entre ellos, la

guerra, medida en su intensidad, hecha problema de múltiples soluciones, concebida como venero de nuevas posibilidades.

Las figuras femeninas, algunas de ellas reducidas a deliciosas viñetas, están vistas en toda su hondura y complejidad. La presencia de Inés, hembra rara y de enrevesadas sutilezas, planca con una insistencia que confiere a la obra un largo suspenso emocional.

Halos de muy fino romanticismo se insertan en el fluir novelesco. He ahí una manera de encauzar el relato entre oscilaciones de arabesco. Una sombra femenina nos sale al paso. Y dice el autor, por boca del protagonista: "Teresa, niña de un tiempo muerto y olvidado, reaparecía ahora ante los ojos de Javier, volando en el crepúsculo rojo, con los cabellos y la falda al viento, haciéndole el gesto de invitarlo hacia las altas y ardientes cumbres de la vida."

Resonancias de alguna gran novela en la más reciente obra de Salvador Reyes.

Quizás no sea aventurado decir que la técnica de W. Faulkner no ha sido desechada. La lentitud, la minuciosidad, los enlaces maestros de los diversos temas ancilares, tan característicos en la producción de Faulkner, alcanzan un alto ejemplo de dignidad estética en "Los Amantes desunidos", de Salvador Reyes.

Con razón se ha dicho que en esta novela, de alcance universal, la intriga válida por sí misma, se recama con certeros alardes de profundidad psicológica.

V. M.



Boletines de la Universidad de Chile. Dirigidos por
ENRIQUE BELLO. Editorial Universitaria, 1959. Santiago

RECIENTEMENTE se ha distribuido el Boletín de la Universidad de Chile, correspondiente al período septiembre-octubre, de 1959.

He ahí un fino alarde de impresión, al servicio de un material docente e informativo de gran calidad.

Los temas tratados abarcan muy variadas matizaciones de nuestra cultura. En sus páginas, una vez más, se hacen varias conjeturas acerca de cómo mejorar y expandir la educación superior.